

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 32 / Enero-Junio 2025

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro

Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín

Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera

Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera

Director General de Difusión y Vinculación

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Jefe del Departamento Editorial

Dra. Sandra Reyes Carrillo

Coordinadora de las Revistas

para la Licenciatura en Letras Hispánicas



Imagen de portada:

Alzheimer

Nairobi Aleksandra Oseguera Pacheco

PIROCROMO

Editora:

Xamira Martínez Márquez

Editor adjunto:

Saúl Abraham Morales Piña

Consejo editorial:

Arlette Armenta Lira

Dalia López Palomo

Danna Paulette del Río Guillén

Iris Quetzali Jiménez Díaz

Itzel Román Álvarez

María Alejandra Mendoza González

Merari Estefanía Martínez Reyes

Rebeca Valeria Rodríguez Bonilla

Sara Juliette Martínez Delgado

Verónica Hernández Núñez

Ximena Rocha Pinot

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:

Louisa Fernanda Pérez Salas

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

TikTok: @revistapirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Núm. 32 (2025): Memoria

PIROCROMO, número 32, enero-junio 2025, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Departamento de Letras Hispánicas y el Centro de las Artes y la Cultura. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags., México. Tel. (449)9107400, ext. 58205. <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com. Editora responsable: Sandra Reyes Carrillo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102; e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Xamira Martínez Márquez, Avenida Universidad No. 940, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité encargado de la publicación.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Memoria

> NARRATIVA

La silla del parque

Luis Francisco Santamaría Arriaga

6

Diráz "el Descuidado"

Juan Carlos García Rodríguez

11

La brisa del mar contra el cerdo carismático

Luis Enrique Cuéllar

14

Los fantasmas

Ronnie Camacho Barrón

18

Aurora

Terciopelo Azul

19

Huellas

Navegante Celeste

22

Vivir por ti

Terciopelo Azul

24

Entre un mar de nombres

Az

28

Lo que hemos leído

Alejandro Chirino Castillo

29

La casa de mi infancia

Maya B. Haro

36

Reflejos

Mavely Melchor

37

> POESÍA

A ti, que nunca te dije nada

Timique

40

Cuando llueve, cuando truena, cuando te vas

Az

41

De noche me detengo en el pasillo a ver los retratos

Diana Ruiz Girón

43

Recuerdos artificiales

Aurora Regina Muñoz Meza

44

Nuestro andar

Fernanda Padilla Jiménez

46

Luna de otoño

Bruno Anzaldo Valadez

48

Heridas, flores y cicatrices

Zagreus

50

> ENSAYO

Memoria en fuga

Guadalupe del Rocío Villalobos Macías

52

> HISTORIETA

Verano

Diana Paola Espinoza Soto

51

Memorias en lágrimas

Omar "Mr. Pulp" Sandoval Lozano

54



EDITORIAL

La memoria es un componente fundamental en la construcción literaria, ya que actúa como un vehículo de la memoria colectiva, permitiendo que a través de múltiples manifestaciones artísticas se materialicen en palabras e imágenes que perduren en el recuerdo.

La memoria y la literatura se entrelazan en este dossier, ofreciendo un panorama diverso y enriquecedor. A través de la poesía, los cuentos, el ensayo y el material gráfico, invitamos a nuestros lectores a reflexionar sobre su representación en el vasto universo literario. Que este trigésimo segundo número sirva como un puente entre el pasado y el presente.

Lector de *Pirocromo*, estás a punto de leer cómo los autores relacionan la memoria con los recuerdos en *Vivir por ti*; con la pérdida en *A ti, que nunca te dije nada*; con las relaciones familiares en *Diráz “el Descuidado”*; con la naturaleza, la dualidad del dolor y la belleza en *Heridas, flores y cicatrices*; el entorno en *De noche me detengo en el pasillo a ver los retratos*; y mucho más.

La editora





La silla del parque

Luis Francisco Santamaría Arriaga

Lic. en Creación Literaria UACM

Es más fácil querer desde la silla que a pie.

María Luisa Puga (2004)

Cuando era pequeño creía que había nacido con las nalgas pegadas a la silla. Jamás me vi en un espejo estando de pie, ni siquiera gateando, siempre sentado, las rodillas flexionadas y los nervios desconectados.

—¡Nombre! Hubieras *wachado* el tamaño de tus pañales, ‘inche lona para cubrirte las llantas —decía mi papá en tono de burla—. Eras un nenuco con piernas de tela y una sillita en lugar de andadera.

Durante mis primeros años, me imaginé al fondo del estante de donde recogían a los bebés, pelón y cachetón, pero desinflado de las extremidades. Veía pasar una marea de parejas, ninguna se detenía, todas tomaban nenes de ojos saltones, brillantes, pelos sedosos y piernas regordetas. Quizá le causé gracia a mi padre o lástima a mi madre, o bien, quisieron ahorrarse la expedición para buscarme en la frontera de la ciudad, perdido en el vicio de apenas existir.

—Eres un angelito aerodinámico —me decía la ma cuando se iba a trabajar, me daba un beso de la frente y lo sentía hasta el freno de la silla.

Ella trabajaba todo el día, la veía la mañana del lunes y regresaba hasta el viernes por la tarde. La veía marcharse con una chamarra forrada de borrega, una bufanda y un cubrebocas de papel, pero la veía regresar en camiseta de tirantes, con un par de bolsas abotargadas y la cara abochornada. Jamás me hizo falta un beso de aterrizaje, menos aún, la excursión hacia la banqueta para tomar un refresco y comer un muégano. Esperaba frente a la ventana a que llegara el fin de semana, no me movía, no podía, pero tampoco quería. Veía pasar personas que jamás conocí, perros sin dueños y los días por mitades, esa era mi rutina, mi vida.

Aquello no duró mucho, un día la ma ya no regresó. Apenas entró mi papá con las bolsas abotargadas y los ojos hinchados, supe

que no habría más tiempo. Alguien la mató, se llevó su dinero y las ruedas de mi vida. Me dejaron rodar calle abajo, mientras papá se la pasaba cogiendo con desconocidos, me dejaron sobre adoquines, con las llantas atascadas y él se aparecía cada mes para vaciarme el canasto de mimbre donde me aventaban dinero.

Al inicio las personas pasaban y me ignoraban. Me volví una estatua más en el paseo de los poetas. Los pájaros se posaban sobre mis hombros, me picaban las orejas hasta sangrar, o bien, se cagaban sobre mi playera negra que con el tiempo se volvió un disfraz vacuno por la combinación de colores. Quienes iban a echar novio al parque me veían como si el olor de mi ropa penetrara en todas sus memorias y destapara todas las coladeras de la ciudad. Los borrachos, por otro lado, me confundían con una banca, se sentaban sobre mí, apoyaban su anforita o me vomitaban la entrepierna. Así vivía hasta que él regresaba y se llevaba todo. Como es natural, no dejé de crecer, las limosnas disminuyeron y su rabia aumentó, reventaba los nudillos contra mi rostro y se llevaba los míseros pesos que me dejaban los güeros de mirada lastimera, pero nunca fueron suficientes para evitar el golpe. Un día simplemente dejó de aparecer —al igual que las monedas— y me quedé en el mismo lugar, me oxidé.

Del parque me sacó Romario, un carpintero acomplejado a lo Da Vinci, ebanista de corazón y técnica de manco. Me cargó hasta su taller —un cuartucho improvisado con un techo de lámina mal puesto—, me rodeó de marionetas toscas, con manos mal detalladas, malformaciones encefálicas y ojos sin pintar cubiertos de barrocas pestañas de vinil. Grité al verme rodeado de infantes que desearon tener vida propia y ahora descansaban colgando de una cuerda.

—Cámara, pa. No espantes —me dijo Romario mientras tallaba un tronco podrido por la lluvia.

—¿Qué es aquí?

—Claramente, no el parque —me contestó y dejó de lado la madera—. Deberías estar agradecido, ya te estabas mosqueando, pa. Además, parece ser que te hacen falta unas piernitas nuevas.

—¿Y tú me las vas a hacer?

—Nomás *wacha*, pa.

Romario se levantó del pequeño banco y se dirigió al fondo del taller, recorrió una cortina de baño llena de barniz y aserrín, dejando al descubierto una larga mesa donde descansaban piernas de madera, algunas ya tenían el lijado hecho, otras habían sido raspadas para

simular los vellos de las piernas y algunas apenas eran trozos unidos orgánicamente casi imperceptibles.

Cada una tenía su encanto, ya fuera por el chamorro bien detallado o los dedos de los pies que parecían bronceados por la capa de barniz. Me acercó una pierna de cada una, me dejó acariciarlas y colocarlas sobrepuestas en mis rodillas, esas piernas eran mucho más reales que las que colgaban de mi entrepierna.

—¿Qué te parecen, pa?

—Están chulas —contesté—, pero ¿apoco son gratis?

Romario se rio y luego dijo:

—No digas mamadas, pa. Soy artista, pero no escritor para regalar mi trabajo. —Nunca entendí aquella frase, pero siempre pensé que aquel hombre alucinaba por inhalar tantos químicos—. Pero —continuó— algún día llegaremos ahí, primero hay que trabajar y para eso tienes que caminar.

Romario trabajó por meses y yo lo veía desde mi silla, tampoco podía pasarme al suelo. Él dibujaba la figura en grandes troncos de corteza gruesa, después los pelaba y volvía a marcar la forma. Parecía que el hombre no tenía la necesidad de dormir, trabajaba sin descansar, absorto en sus creaciones, se olvidó de que yo estaba ahí, ensució la silla y la peste jamás lo distrajo. Lo vi tallar las uniones, taladrarlas para colocarles unos imanes grandes para que el movimiento no dependiera de viejas bisagras. Así, creó las mejores piernas que había visto, eran gruesas de la parte de los muslos —ahí metía mis extremidades flácidas y las aseguraba con velcro y un cincho de color negro—, el imán de las rodillas tenía cierto juego para poder doblarlas y los pies tenían la planta curvada y eso me daba mucha más movilidad —al menos eso me decía él—.

Pero las piernas fueron todo lo contrario a lo que me prometió, la espera se tradujo en más problemas de los que ya tenía con mi vieja, oxidada y fiel silla. El velcro y los cinchos no eran estables y fuertes para sostener todo mi peso a las piernas de madera —aunque Romario decía que el problema era la poca fuerza que yo tenía, que por eso no me aguantaba—, los imanes casi siempre se barrían y la rodilla falseaba el movimiento, en ocasiones se separaban y caía de cara al pavimento. Lo peor, sin dudarlo, fueron las plantas curvadas de los pies, jamás las pude plantar bien y, si por alguna razón echaban agua o llovía, me resbalaba. Con todo eso, como buen artista, Romario me cobró hasta los impuestos de haber usado sus herramientas, me terminó de armar con una playera nueva, unas bermudas caqui y una caja de mazapanes cubiertos para regresarme al parque.

No hubo día que no me acercara a la gente con mis pasos temblorosos, sosteniéndome de las bancas o los árboles y les ofreciera ayudarme con la aportación voluntaria de diez pesos a cambio de mis dulces.

Ambos, Romario y yo, sabíamos que no podría pagarle si seguía vendiendo mazapanes. Se estaba hartando de mí, no era capaz ni de servirle en el taller, no le podía acercar la madera porque el peso me ganaba y si pasaba demasiado tiempo cerca de la viruta, se me trepaban las hormigas y hacían sus nidos en las uniones de los imanes. Caminar nunca fue mi mayor virtud —se sabe—, por eso me deshice de las piernas, las empuñé y me dieron una miseria. Romario me ahuecó las extremidades y me presentó frente al dolor. Me convertí en un facilitador —así me bautizó—, me vació con un corte mariposa como a las pechugas. No sentí nada, ni una leve cosquilla, me descarnó y no me sentí más liviano. Apenas notaba que algo me faltaba porque estaba vendado y lleno de sangre seca.

—Quita esa cara, lo verdaderamente importante es que puedes almacenar víveres de alta demanda, como la marihuana, el perico o la piedra, y no verte en la necesidad de caminar cargando semejante peso.

Era una mochila, una piñata rellena de los placeres más dulces. Una máquina expendedora a mitad del parque. Almacenaba tostones, bolsas de cerradura hermética llenas de producto. Se me acercaba todo tipo de gente, niños de secundaria de aromas pastosos, ancianos quejumbrosos que se sostenían las caderas como si se fueran a desarmar y oficinistas de corbatas flojas y maletines desgatados. Todos me pagaban sin decir nada, se iban y yo permanecía en el mismo lugar, hasta que Romario regresaba para llevarse el dinero y rellenarme los orificios.

—Debes tener cuidado —decía y me tomaba de la nuca para asegurar mi atención—, los perros de servicios sociales andan bien sobres.

Con el tiempo, además de bautizar las caravanas de los trabajadores sociales como gallineros, supe que todas las prótesis que Romario había fabricado pertenecían a un inválido diferente, todos fueron trepados a las camionetas y apenas quedaron los repuestos de sus piernas. Aquello lo hacía enfurecer, más por la pérdida que significaba para el negocio. Por eso, cuando algún gallinero rondaba el parque, hacía todo lo posible por moverme hacia una banca —batallando por las imprudencias de mis llantas al atorarse en los adoquines—, me tapaba los muñones con una manta y simulaba estar descansando. Concentraba la vista en las ardillas, en los globeros y en quienes iban a correr. Sin

embargo, el punto débil de mi falsa rutina fue descubierta por mi ropa tan reiterativa.

Una mañana —pues había dejado de contar los días— un hombre con la barba un poco crecida, aromatizado por el sudor y de pulgares ansiosos, se acercó y se sentó en la banca a un lado de mí.

—¡Qué onda, mi buen! —me dijo y se talló la nariz—. Dame un tostón.

Me extendió el billete y a cambio le di la última bolsa de perico que me quedaba. El hombre abrió la bolsa, tomó una pizca y se la embarró en los dientes, después vio el producto a contra luz.

—Se nota que es buena mierda, mi buen.

Hoy que recuerdo aquella escena, me odio por no haberme oído lo que sucedía en ese momento, al parecer también padezco de pendejez crónica.

—Sin embargo —continuó y se guardó el perico en la chamarra—, está incurriendo en una falta administrativa.

—Pero todo mi producto es legal —contesté e intenté mover la silla, sin suerte.

Sabía que la falta no tenía nada que ver con la venta, más bien todo era culpa de la maldita silla, de mis padres que me tuvieron y se marcharon. No me pude resistir al arresto y me subieron al gallinero —la mítica camioneta era más bien parecida a la que tenían las perre-ras, jaulas montadas una sobre otra, al fondo las sillas retraídas sobre sí mismas y nosotros con el movimiento limitado detrás de los barrotes—.

Desde ese día permanezco varado en un salón muy grande, con ventanales cubiertos por mantas empolvadas. Me quedo quieto y los responsables de limpieza trapean a mi alrededor. Tengo las muñecas amarradas a los reposabrazos de la silla y me alimentan con un tenedor de plástico, me embarran la comida en la cara y se convierten en costras que se caen en un par de semanas. La silla creo que no sufre, aunque la he escuchado quejarse más de una vez. Chirriante como si algo se le extendiera de más, como si algo no estuviera bien, pero la silla y yo, ya no somos lo mismo, ya no sé qué siente, ya no sé qué le falla y, seguramente, jamás lo supe. Ahora me piden que no me mueva, hago caso, aunque no quiera, y por las noches me extienden una sábana llena de ácaros por mi nula existencia. Los recuerdos a veces me han quemado los muñones, bienvenido sea el ardor —igual que cuando los besos de la ma me recorrían—, por fin me acuerdo de lo que es sentir.

Diráz “el Descuidado”

Juan Carlos García Rodríguez

Lic. en Fisioterapia

A Diráz me lo presentaron un día en que la memoria me fallaba, por lo que no sé exactamente cuándo, pero llegó como el invierno que se implanta poco a poco con su frío y sus modos. Si bien no recuerdo su aparición, sí me viene a la mente mucho de su persona y todas sus manías, así fue como lo llegué a llamar Diráz “el Descuidado”; pues tenía tanto de bueno como de descuidado, era olvidadizo y se le confundía a veces su propio nombre con el mío.

Pareciera injustificado llamarle descuidado solo por confundir un nombre, pero iba más allá. Relataré de poco a más cómo de grandes son los descuidos del personaje que les cuento. Diráz tenía una bolsa (quizá más) llena de plumas, pues siempre olvidaba dónde dejaba la última que había usado y procedía a sacar una más y comprar otras dos para tenerlas por si las volvía a perder; junto a las plumas se abarrotaba de libretas en las que anotaba los pendientes que seguro cumpliría si, acto seguido, no perdiera la libreta. Emblemático y misterioso, Diráz tenía más de una colección porque siempre confundía lo que coleccionaba: cuando coleccionaba películas, compraba carritos por accidente; cuando coleccionaba figuras, compraba discos de música. Así terminó siendo una mezcla extraña de gustos y placeres que llenaban espacios en su hogar.

El hogar de Diráz, emblemático y lustroso, ahí de todo había más de uno, pudiera ser que también olvidara que ya tenía eso, desde algo chico como la despensa que siempre dejaba bien surtida, ya que nunca tenía clara la fecha de su última compra, entonces todo se compraba dos veces; hasta lo más grande, como el hecho de que había dos lavadoras, dos puertas de entrada, dos salas, más de dos baños, más de dos cuartos, más de dos teles, incluso estuvo cerca de comprar una segunda casa. Diráz, descuidado y desmedido.

Cabe destacar que su jardín era muy basto y hermoso porque olvidaba si ya tenía una u otra planta, entonces siempre había más de

una del mismo tipo y ninguna se quedaba sola, olvidaba también si ya las había regado por lo que procedía a regarlas con tanta abundancia y generosidad que crecían gratamente, rebozaban de verdor y vida.; así era el jardín de Diráz. Podría decirse que tenía dos jardines, o solo uno dividido en dos, no quiero exagerar. Así era Diráz, descuidado y generoso.

Tuvo dos hijos y les puso casi el mismo nombre, que además era el mismo suyo. Diráz era un hombre sencillo a pesar de todo, carismático, contaba muchas veces las mismas historias pues no sabía con certeza si ya te la había contado o no, eso lo volvía el centro de atención y la vida de las reuniones sociales.

Es debido mencionar que a Diráz no le fallaba la memoria, pues siempre se acordaba de los detalles importantes, sospecho que sí sabía que tenía las cosas, pero no le gustaba que faltara nada. Diráz siempre tenía una pluma a la mano para prestarle a alguien si la necesitaba; en su hogar se aseguraba de que hubiera espacio para recibir visitas y darle comodidad a las personas que quería, hospitalario y generoso Diráz. Se aseguró de darle a su familia todo sin medida y más de una vez. Por eso tenía más de un trabajo. Incluso se casó dos veces con su esposa.

Sin embargo, se ganó el título de “el Descuidado” con honores, pues Diráz fue tan tan descuidado que se le olvidó que estaba enfermo; lo recordó solo un poco al final: que tenía un ligero malestar. Su intestino era igual de descuidado y un poco perezoso como él.

Se le olvidó avisar que tenía dentro de sí, junto a todo el amor, un cáncer terminal, injusto e imperdonable, que le comía. Qué descuidado Diráz, que olvidó despedirse de sus dos hijos, distraído y perdedizo se perdió dentro del quirófano y olvidó salir a abrazar una vez más a su esposa, sería esta la primera vez que por su descuido le faltaría algo a su familia.

Diráz, Diráz descuidado, sus pulmones olvidaron cómo funcionar, ni una o dos máquinas bastaron para recordarles el trabajo que tenían que hacer, ni dos riñones le bastaron para seguir riendo en las comidas. A su pobre y descuidado corazón se le olvidó cómo latir y ni con uno o dos medicamentos lograron recordarle, olvidó tener otro coleccionado por si algún día lo necesitaba para decirle feliz cumpleaños a su hijo otra vez. Diráz y su descuidado cuerpo con una falla orgánica general.

Diráz era mi descuidado padre, tan descuidado que se perderá del resto de mi vida.

Diráz, amoroso Diráz, ahora todas tus pequeñas y misceláneas colecciones hacen vacíos en tu hogar, hoy tu jardín se seca, hoy hay más de un alma rota por tu partida. Es por esto y más que con cariño le llamo Diráz “el Descuidado”, y hoy trato de tener más de una pluma en la mano por si alguien la necesita.

Dedicado a mi padre, Juan Carlos. Me haces falta.

La BRISA DEL mar CONTRA EL CERDO CARISMÁTICO

Luis Enrique Cuéllar

Me escondo entre el córtex prefrontal izquierdo y el derecho. Ya no circulo por el lóbulo temporal medial o el diencéfalo; sé que ahí me puede atrapar y destruir. Sé muy bien por qué me persigue. Mi sola existencia es una amenaza a sus malignos propósitos de dominarte. Quiere convertirme en un olvido. Yo soy aquel cumpleaños donde tu madre te llevó a la playa por primera vez, soy la alegría que te causó la brisa del mar sobre tu pequeño cuerpo, soy la sonrisa de tu madre al verte reír y correr.

Nadie en su sano juicio pensaría que un recuerdo como yo fuera un problema o un estorbo. Pero él no es alguien en su sano juicio. Es el líder de Los Mensajeros Metafísicos, un culto perverso. Es un hombre hambriento de poder que busca convencerte de que estás solo en el mundo, de que ahora tu madre es una vieja loca que te tiene atrapado. ¡No es cierto! Ella sufre algo de demencia por su edad, sin embargo, nunca ha dejado de amarte y cuando te recuerda sonríe. Por esa razón el cerdo carismático lanza sus malditas doctrinas y frases inquisidoras como perros rabiosos a perseguirme. Sus palabras envenenadas entran por tus oídos y suben hasta tu lóbulo frontal. Desde ahí recorren neurona por neurona, vigilan sinapsis por sinapsis, acechando.

No soy el único recuerdo al que acosan. El primer beso que Maura te dio corre tanto peligro como yo. El cerdo carismático te inunda con ideas paranoides. Te dice que todos están contra ti y que él es el único salvador. ¡Mentira, Enrique! ¡Es mentira! ¡Recuérdanos!, recuerda el beso de Maura, recuerda tu primer trabajo y el orgullo que te causó. Tu vida es ardua, lo sé, pero... ¡Ahí viene un acto de coerción! ¡Debo ocultarme!

Han pasado cuatro días desde la última purga que el desgraciado llama ritual de metasanación. Quedamos pocos recuerdos bellos. Sí, lo somos y no por lo que contenemos, sino por lo que significamos. Entre todos conformamos la esencia de tu humanidad, tu capacidad de amar y ser

amado, tu defensa contra el aislamiento. ¡No me voy a rendir! ¡Te prometo que no voy a desistir jamás! En las noches invocaré la sonrisa de tu madre, el sonido del mar, su olor, la arena bajo tus pies y tu felicidad.

¡Hoy lo logré! ¡Te hice dudar! No maldijiste a tu madre como te lo han ordenado. Quizá el cerdo te aisle de tus seres queridos, pero yo no... ¡Maldita sea! ¡Un recuerdo falso me vio! ¡Debo correr! ¡Es muy rápido! Debo dar vuelta hacia el área de broca. Solo espero que eso no me rebaje a recuerdo temporal.

¡Creo que lo esquivé!

¡Ahí sigue! Tendré que regresar después.

¡Enrique, recuerda la felicidad de tus deditos tocando el agua!

¡Recuerda!

¡Lo sabía! ¡El recuerdo de Maura te hizo nombrarla entre sueños! Por desgracia los otros presos te escucharon y te delataron. Ahora estás en un cuarto aislado. ¡El cerdo cree que con eso nos derrota! Lamento que sufras tanto, Enrique. Sé que padeces desnutrición, que ese cerdo carismático los pone a dieta para que estén débiles y obedientes, pero es mi oportunidad. Ahora que estamos en silencio será mi gran regreso. ¡Me enfrentaré a los perros cara a cara! ¡Aquí vienen! ¡Recuerda el mar, Enrique! ¡Recuerda a tu madre! ¡Recuerda! ¡Tú puedes! ¡Sí, nómbrala! ¡No me importan sus mordidas!

¡No... me... rindo!

—¡Madre!

¡Sí, continúa! ¡Dilo otra vez!

—¡Ma...! ¡Madre!

¡Tú puedes!

—¡Maura!

¡El recuerdo de Maura llega justo a tiempo! Estoy sangrando luz, no puedo solo.

—... Maura.

¡Enrique, te estás levantando y golpeas la puerta! ¡No te dejan salir! ¡Si tan sólo pudiera bajar hasta tus ojos y ver junto contigo! Pero si salgo de tu mente me perderé. Te estás rindiendo, estás agotado.

¡Qué es esto! ¡Un nuevo recuerdo positivo! Alguien abrió la puerta antes de que desfallecieras y te pidió silencio, luego te llevó aparte.

Tu mente ha sido un caos los últimos días, en especial después del colapso. Memorias no declarativas llegaron desde el cerebelo, el neocórtex y el estriado a tomar control de ti durante una semana. Tu energía es muy baja y apenas piensas. Los recuerdos nuevos se asoman poco a poco: algunos son de ti corriendo solo, en la noche, a la orilla de una carretera; hay otro de un rostro, un camionero; uno más de una ma-drugada en una estación de gasolina. Me asomaré a los lóbulos frontales y al área de broca.

¡No puedo creer la cantidad de recién llegados!

¿¡Cómo podrás procesarnos a todos!? Por cierto... no me he topado con los perros del cerdo. De momento no presionaré. Debo enterarme de lo que pasó. Pareces estable, pero te siento muy débil.

¡Sí! ¡Información nueva! ¿¡Cómo!? ¡Enrique, estás en un hospital! ¿Qué sucedió?

¡Por fin encuentro recuerdos de las semanas pasadas! Peleaste con el cerdo carismático. Intentó retenerte y huiste. ¡Al fin te libraste de él! Pero... ese otro recuerdo... ¿Qué es? Proviene de las mismas fechas. Es anterior a la discusión y... ¡Dios mío! ¿¡Qué te hicieron!? ¡Jamás pensé que los recuerdos pudiéramos llorar! ¡La indignación y el coraje... son mucho para mí!

Por eso estás en este hospital.

¡Maldito cerdo! ¡Que todos tus miedos y traumas te ahoguen! ¡Mira lo que le hiciste a Enrique!

No me queda más remedio que recorrer tu mente e inundarte de alegría a toda costa. Necesitas belleza y amor dentro de ti. ¡Bello recuerdos, yo los invoco! ¡Enrique nos necesita! Debe sobrevivir hasta que sus seres amados lo encuentren. Debe recordar el calor humano, su gusto por vivir. ¡No lo podemos dejar así!

¡Un recuerdo nuevo! ¡Que sea uno bello...! ¡Sí, mil veces, sí! Maura te visitó en el hospital. ¡Si tan solo tu energía subiera! No esperaba que salieras sin rasguños de ese infierno disfrazado de edén, pero existe algo

roto en ti, Enrique. Ahora sé que el cerdo estuvo a punto de quebrarte por completo. Casi logra cazarnos a todos con sus perros salvajes, esas palabras llenas de violencia disfrazada de redención. Resistimos los recuerdos más fuertes. ¡Enrique, lo que daría porque te recuperes y visites a tu madre! Ambos se necesitan.

Saliste del hospital, Maura te acompañó.

Ha pasado el tiempo. Pareces recuperarte de a poco. Retomaste los cuidados de tu madre. Me vuelves a asociar con la anciana frente a ti. ¡Sí!, salimos adelante. Es sólo que... tu alegría no está ahí. Es una especie de fantasma. Algo ya no encaja. Eres diferente. ¡Maldito cerdo! ¿Qué te hizo?

Anoche falleció tu madre y me has invocado. ¡Enrique, cuánto lo siento!

Maura vive contigo ahora. No obstante sales poco y cuando lo haces siempre te encaminas a los pastizales en la orilla de la ciudad. Buscas un silencio que te sane y cuando no lo encuentras te preguntas cuán adentro tendrías que ir para que nadie escuche el disparo. Quieres borrar la sonrisa del cerdo carismático de tu mente, su doctrina de tu alma y su crueldad de tus entrañas. ¡No te rindas, Enrique! ¡No dejes que el veneno del cerdo carismático regrese! ¡No permitas que gane! ¡Mírate! ¡Eres libre! ¡Cambiado, dolido, lastimado, pero libre!

¡Por favor! ¡No regreses a los pastizales! ¡Al menos deja esa arma! ¡No te rindas ahora! ¡Recuerda la brisa del mar, la sonrisa de tu madre, los besos de Maura! ¡Recuerda, Enrique! ¡Recuerda!



Los fantasmas

Ronnie Camacho Barrón

Escritor y Lic. en Comercio Internacional y Aduanas

Ubicado entre los estados de Nuevo León y Tamaulipas se encuentra Campo Blanco, mi pueblo. En los cincuenta era el principal productor de algodón de la nación, y sus campos tan vastos y fértiles, atraían a personas de todos los estados que venían para trabajar en la pisca.

Aunque pequeña, la ciudad disfrutaba de su riqueza y como prueba estaban las ajetreadas tardes en la plaza. Desde el alba hasta el atardecer, el sitio se llenaba de vida; familias enteras esperaban haciendo cola afuera de los restaurantes, parejas de enamorados paseaban de la mano mientras compartían un helado y hasta los niños que boleaban zapatos se iban a casa con los bolsillos llenos.

Incluso yo tengo mis recuerdos en el corazón del pueblo y, a pesar de los ochenta años que llevo encima, tengo muy presentes aquellos días que parecían estar pintados de un naranja perpetuo.

Pues fue en el puesto de dulces de Doña Minerva donde conocí a mi esposa. En el zócalo, al ritmo de la canción *Bonita*, le declaré mi amor y en la catedral nos casamos y bautizamos a nuestros hijos.

Sin duda aquellos fueron años dorados, mas nada dura para siempre, y al igual que el resto de México, Campo Blanco fue víctima de la recesión de los noventa.

Como era de esperarse, los precios del algodón se desplomaron y pronto los jóvenes abandonaron el pueblo en busca de nuevas oportunidades, ya sea en grandes ciudades como Monterrey, en las fábricas de Matamoros o cruzando la frontera para llegar a Estados Unidos.

A pesar de las décadas transcurridas, ninguno de nuestros hijos regresó. En el pueblo sólo quedamos nosotros los viejos, que, como fantasmas, aún nos reunimos en la plaza para matar la soledad, a sabiendas de que cuando muramos nuestro querido Campo Blanco también lo hará.



aurora

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3º semestre

Querido padre:
Han pasado 26 meses desde la última vez que te vi. No puedo culparte, no fue decisión tuya dejarnos aquí.

La mayoría del tiempo ignoro tu ausencia: pretendo que no estás en casa porque sigues en ese viaje de trabajo, pero los días pasan, y tú nunca cruzas el umbral.

A veces olvido que ya no volverás, y espero en mi habitación a escuchar el sonido de tus pesados pasos de camino al baño, el detenerte junto a mi puerta y emitir un grave y lento “hola” de la única y cómica manera en que tú sabías hacerlo.

La memoria me aqueja, el recuerdo de todas las veces que protesté cuando tú te sentabas frente al televisor, ponías la misma película de vaqueros y procedías a quedarte dormido. Si hubiera sabido que no volveríamos a ver esa película desde tu partida, me hubiera sentado a tu lado y hubiera dormido contigo.

Hasta este día, todo se siente como un sueño. No creo real tu ausencia, y no veo ni un poco de ti en esa piedra de mármol con tu nombre.

¿Por qué todos lloran? ¿Por qué me obligan a llorar a mí también? ¿Quiénes son todas estas personas que me abrazan y me aseguran que estás en un lugar mejor? Las miradas condescendientes de estos conocidos que veo una vez al año me causan náuseas. ¿Qué derecho tiene esta gente de prometerme que todo va a mejorar?

El shock me decía: “tranquila, él volverá, sólo está trabajando”, pero los rostros cubiertos de lágrimas de mi madre y mis hermanos, y los sollozos inundando mis oídos me intentaban convencer de lo contrario.

Incluso ese oso de peluche hecho con la tela de tu camisa, ¿por qué todos se aferran a él como si fueras tú? Solo es un pedazo de tela, tú no estás ahí; pero no puedo juzgar la manera en que mis hermanos llevan el luto.

PIROCROMIO

19

#32 Memoria

No fuiste un mal padre, nadie te enseñó a serlo, pero fuiste un mejor padre con nosotros, en contraste con el padre que fue mi abuelo para ti.

Las pocas veces en que he admitido tu ausencia por lo que es, lo hago de manera cómica para que me duela un poco menos. ¿No es acaso una falta de respeto el manchar tu memoria diciendo que decidiste dejarnos?

Sé que lo es, y te ofrezco una disculpa.

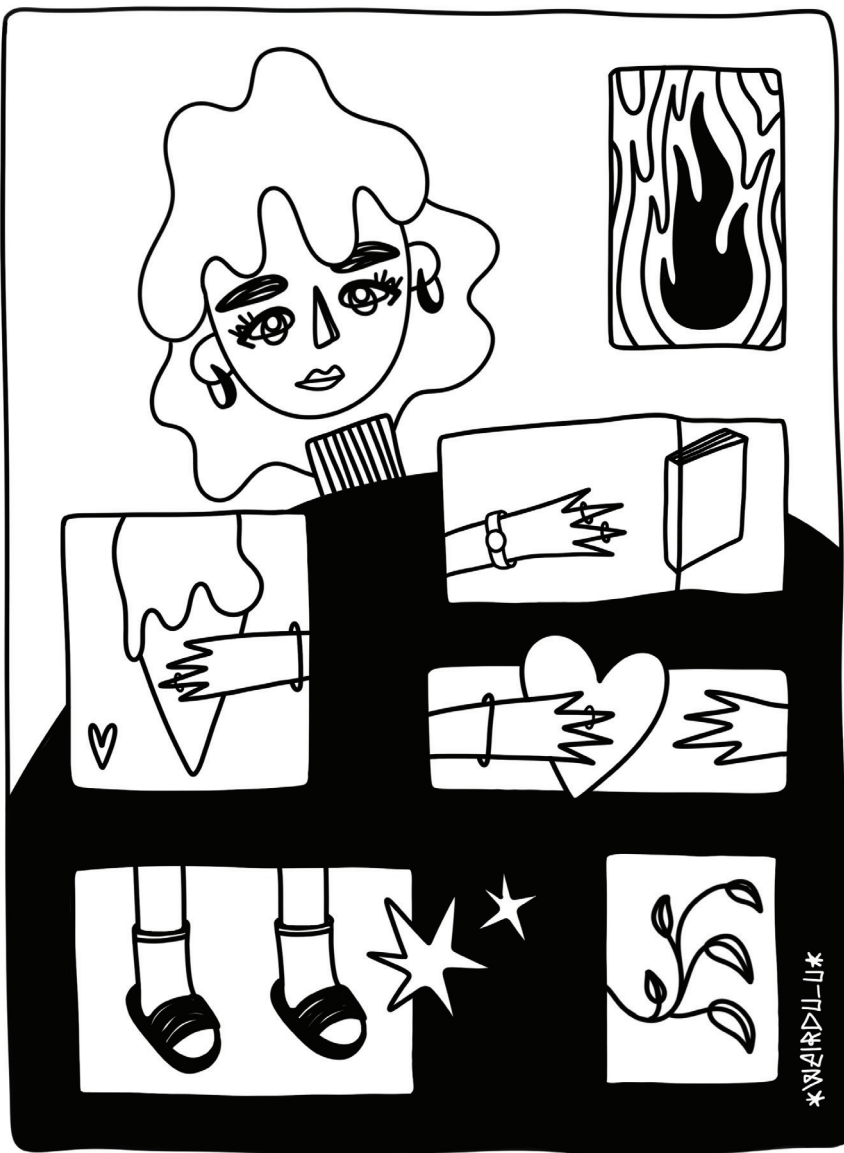
Ahora, solo queda decir adiós. Dejaste un sillón vacío, tu retrato en la pared y un hueco en nuestros corazones. Gracias por ser un padre sobreprotector, fácilmente irritable y ermitaño (como solías llamarte a ti mismo). Espero que hayas encontrado paz, ahora que pudiste reunirte con tu madre luego de 26 años de separación. Sé que me cuidas desde ese lugar en donde estás, y espero estar haciendo las cosas bien.

Con amor, tu hija.

[...] Gracias por tu esfuerzo y por tu amor
Por no dudar en darnos lo mejor
Por ser nuestro defensor
Protegernos de todo el dolor
Me enseñaste a manejar
Me llevaste a navegar
Por no dejar de trabajar
Carajo, me diste un hogar.

Aurora – HUMBE¹

¹HUMBE. (2021). *Aurora* [Canción]. En *Aurora*; Sony Music Entertainment México.





Huellas

Navegante Celeste

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3er semestre

Memorias.
Memorias eran ya lo único que me quedaban de ti. Eran lo único que me hacían sentir cerca de ti y, cuando pensaba que te olvidaría, que de pronto tu recuerdo se borraría, no solo de mi mente, sino de la vida misma, mi memoria estaba allí para salvarme.

Entonces recordé que jamás podría olvidarte y que tu huella no se desvanecería del mundo, ¿cómo podría yo olvidarte cuando mi mente no me lo permitiría?

Tus huellas no se borrarían, no, jamás lo harían.

Por eso te escuchaba. Escuchaba tus garritas resonando contra el piso, solamente para descubrir que no estabas cuando me daba la vuelta. Por eso, cada que caminaba en los mismos lugares por los que solíamos andar, creía verte jugando sobre la yerba verde.

Creía que eras tú gimiendo o ladrando cuando escuchaba sonidos en la calle, creía que eras tú el que llamaba por comida con esa carita a la que nadie se podía negar.

Así que, ¿cómo podría yo olvidarte?

Mi memoria no me lo permitiría, me haría recordarte por toda mi eternidad, me haría sentirme cerca de ti, incluso cuando ya no estuvieras a mi alrededor para darte esos abrazos de los cuales tanto te gustaba escapar.

Eras parte de mi vida, ¿cómo podría yo desecharte? Te abriste paso a través de los regaños y los enojos, y conquistaste mi corazón, el de toda la familia. No había espacio para los olvidos, no contigo, nunca contigo. Tu vida y la mía se entrelazaron y ahora mi memoria estaba llena de ti.

¿Puedo contarte un secreto? Cuando te fuiste, pensé que algún día ya no te recordaría con la misma intensidad, que ya no me dolería con la misma intensidad. Pensé que los recuerdos se volverían más lejano menos doloroso, pero me equivoqué. Porque allí estabas tú, navegando por mi memoria y apareciendo en todos los lugares.

Así que te veo. Te veo todo el tiempo, cuando estoy en la casa o cuando estoy en la calle, cuando estoy en tus lugares favoritos o cuando veo a alguien que se parece a ti, y entonces quiero decirle a mi memoria que pare, que solo pare por un segundo.

Pero no para porque nunca dejo de recordar, recuerdo y recuerdo y recuerdo, y de repente recuerdo que no estas más y recuerdo otro poco.

Memorias eran lo único que me quedaban de ti. Y también estaba equivocada acerca de eso. Tenía un millón de cosas que me quedaban de ti, momentos tan felices que me alegraban el corazón, una que otra planta destruida y un sin fin de risas que nos hacían doler el estómago y que te hacían gruñir a ti. Esa era la manera en la que estaba cerca de ti. Recordando. Recordando todos los momentos que vivimos juntos, mi fiel compañero.

Te recuerdo todo el tiempo.

Creo que nunca podré dejar de recordarte.

VIVIR POR TI

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3º semestre

Mejillas entumecidas por tanto sonreír. El viento acariciándote el cabello. Eres feliz. El otoño recién comenzó, las hojas de los árboles se arrastran y crean una melodía suave cuando chocan con el pavimento. El trinar de los pájaros que recién despiertan se suma al silbido de las hojas. Sientes la nariz fría y la piel se te ha puesto de gallina.

Los recuerdos de ese verano te embisten como una ola en mar abierto.

1 de mayo, 1976

Tu cumpleaños fue hace dos semanas. Tu padre acaba de comprar un automóvil seminuevo, un Chevrolet Caprice modelo 70. Ciertamente es muy receloso sobre su auto nuevo, pero fue benévolo contigo y te lo ha prestado para salir con tus amigos, con la única condición de que volvieras a casa a las 9:00 p.m. Claro que te pareció poco tiempo, pues es temprano para volver, pero decides no externar tu queja. Tu padre es un hombre muy severo, ni siquiera creíste posible que te prestara el auto, así que te callas y agradeces.

Decides ir con tus amigos a la playa. La costa está a veinte minutos del centro de la ciudad. El día está soleado y es fin de semana. Primero, se reúnen en tu casa para hacer sándwiches. Tu madre ha decidido ayudar con la preparación, incluso ha comprado una sandía para ti y tus amigos. Se despide de ti, te besa en ambas mejillas y agita suavemente su mano mientras manejas calle abajo. Tus amigos se burlan de ti, y aunque sentiste el rostro ardiendo, no la apartaste. Pasan al supermercado antes de salir de la ciudad, pues tus amigos insistieron en comprar alcohol, y tú no muy convencido, accediste.

Ya en la playa, no pierden el tiempo en entrar al mar. El agua, aunque exquisita, hace que te ardan los ojos por la sal. No te importa, nada mar adentro y sientes la corriente acariciarte la nuca. Se te empieza a acabar el aire así que nada a la superficie pero entonces una ola rompe justo en tu posición, te aturde y te empuja hasta el fondo haciéndote tragar mucha agua salada. Ya no sabes dónde está la orilla, estás desorientado y ya no tienes aire: estás empezando a ahogarte.

Cuando estás a punto de perder el sentido sientes una mano asirte del brazo. Lo siguiente que recuerdas es que estabas tirado sobre la arena escupiendo agua salada. El sol cegador no te permite ver claramente, pero sabes que frente a ti hay una chica, y las burlas de tus amigos confirman tus sospechas: fue ella quien te sacó del agua.

Le agradeces entre balbuceos, pero al ver que ya no estás en peligro, se aparta y se va. En tu mente solo puedes recordar el bañador rojo que usaba al momento de alejarse de ti.

La madera de la banca en la que estás sentado es lisa al tacto pero el respaldo no te parece muy cómodo, aunque siempre te ha gustado esa banca, pues te permite soñar despierto sin apartarte de la realidad.

1 de marzo de 1980

Te tiemblan las manos tanto que tuviste que pedirle a tu madre que te ayudara con el nudo de tu corbata, y mientras lo hace, sus ojos parecen llenarse de lágrimas. Susurra sobre lo mucho que has crecido y que, aunque seas un hombre, seguirás siendo su pequeño niño. Ríes y besas su mano.

Tu mejor amigo entra en la sala, te dice que ya es hora. Sin perder el tiempo, caminas deprisa hasta el altar. Los invitados han comenzado a llegar y, a los pocos minutos, el sacerdote también se acerca. Comienza la marcha nupcial y, al fondo del pasillo, tu suegro y tu futura esposa, con su excelso vestido blanco y el velo cubriendo su bello rostro, caminan hacia ti. Se te hincha el pecho de orgullo y, cuando la novia finalmente llega a tu lado, sientes el peso de las miradas.

Siempre te ha incomodado ser el centro de atención, pero no te importa en este momento. Ella pide la atención a gritos silenciosos. ¿Cómo no mirarla cuando se ve así de perfecta? Lloras cuando escuchas el “Sí, acepto” y pones la sortija en su dedo anular. Ella ríe y te pasa una mano por la mejilla, pues tus ojos están llenos de lágrimas.

Cuando el sacerdote culmina con la ceremonia y te da permiso para besar a tu esposa, tú no pierdes el tiempo. Le agradeces entre susurros por salvarte la vida y la estrechas entre tus brazos. Aunque la capilla se llenó de aplausos y de ruido, escuchas cuando ella te agradece de vuelta.

Las palomas se arremolinan alrededor tuyo, pues en el bolsillo de tu gabardina cargabas con una hogaza de pan, y comenzaste a lanzar moronas alrededor. La mayoría de la gente detestaba las palomas, pero tú aprendiste a valorarlas, tal como ella te enseñó.

14 de agosto de 1988

Saliste corriendo de la oficina a mitad de tu jornada. Llamas a la línea fija de la casa de tus padres, y agitado le pides a tu madre que recoja a tus dos hijos varones de la escuela elemental, que hoy tu prioridad es llegar al hospital: hoy nacerá tu tercer hijo.

Manejas sin cuidado, te pasas varios semáforos en rojo, pero finalmente llegas a la clínica. En la recepción preguntas por tu esposa. La enfermera te señala la habitación en la que está. Corres y desde el corredor escuchas su voz quejosa.

Cruzas el umbral y la ves: su vientre abultado, sus mejillas enrojecidas, el rostro perlado de sudor, las cejas arqueadas. Pronuncia tu nombre y corres a su lado, tomas su mano y besas sus nudillos.

Su madre también está ahí y, cuando por fin llegas, sale por un vaso de agua. Pasa casi una hora cuando el doctor señala que es momento de pujar. Ella aprieta tu mano y puja y puja y puja. Lágrimas se le escapan de los ojos y niega con la cabeza. Te dice que ya no puede más, pero el doctor le pide un último esfuerzo.

Tus dedos están blancos por la fuerza que está ejerciendo sobre ellos, pero no la detienes. Puja una última vez y entonces el llanto infantil invade la sala. Aliviada, deja caer la cabeza hacia atrás, sonríe y llora.

El doctor los felicita con la noticia de que es una niña. Estás extasiado, siempre quisiste una niña. Las enfermeras cubren el pequeñísimo bulto en una manta blanca y lo depositan en los brazos de tu esposa. La bebé no para de llorar, pero ustedes están ebrios de alegría.

Se te acabó el pan y, al ver que no queda más, las palomas comienzan a irse de una en una. Pierdes la noción del tiempo mientras miras el horizonte, pero el rechinar de los columpios te devuelve una vez más a la realidad.

—¡Abuelo, mírame!, ¡mírame!

—Te veo, pequeña —le gritas desde la banca.

La nena da un saltito antes de que el columpio se detenga, se tropieza y cae sobre el césped lodoso. Sus medias de corazones ahora tienen una mancha de barro.

—Mira eso, tesoro, ahora tu mamá nos va a castigar a los dos.

La niña no responde, sino que se limita a intentar sacudir la mancha de sus rodillas.

—¿Tienes hambre?

Asiente con la cabeza.

—¿Quieres que volvamos a casa y veamos si tu mamá cocinó algo?

Frunce la nariz.

—La comida de mami sabe fea.

—Bueno, mi niña, no la puedes culpar, porque yo le enseñé lo poco que sabía.

Tomas su mano y caminas. La niña da saltitos y evita pisar las líneas.

—¿Y a ti quién te enseñó?

Ríes.

—Lo poco que aprendí, lo aprendí de tu abuela. Ella era la mejor cocinera del mundo.

—¿Y por qué no cocina ella?

Te detienes. Sonríes y haces el esfuerzo por cargarla.

—Cada vez pesas más, tesoro —besas su frente—. Tu abuela se fue de vacaciones, pero ya no puede volver.

—¿Por qué? —pregunta la niña preocupada.

—Verás, resulta que el avión llegó a una playa muy bonita, pero el avión se averió y ahora no puede regresar.

—¿Y por qué no vamos por ella?

—Porque entonces nosotros también quedaremos varados en la isla. Pero no te preocupes, tesoro. Todas las noches antes de dormir hablo con ella.

—¿Y qué te dice?

Sientes los ojos llenársete de lágrimas, pero evitas llorar.

—Dice que ella nos extraña tanto como nosotros y que lamenta no poder verte crecer.

—¿Puedo hablarle la próxima vez?

Ríes ante la inocencia de la niña.

—Claro que sí, tesoro. La próxima vez hablarás con ella.

La niña comienza a contarte su día en el jardín de niños y tú, sin dejar de ver el cielo azul, sonríes y la recuerdas sabiendo lo imposible que sería dejar de amarla, aún después de la muerte.

Porque, aunque la tristeza te embargue, te sientes afortunado de haber compartido una fracción de tu vida a su lado. Tú se lo prometiste el día en que decidiste que así iba a ser:

“Yo moriría por ti”, dijo ella.

“Y yo, yo viviría por ti”, le respondiste.

Entre un mar de nombres

Az

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3º semestre

Creo que ella era Amanda, o puede que Azul. No, creo que es con B de Beatriz, o tal vez C de Carmín. Ah, ya, es Diana; sí, era Diana. ¿O no? Ya sé, es con E; sí, E de Esmeralda, pero no, no tiene cara de Esmeralda. Puede ser Fátima, Gloria, Hortensia, pero no, creo que no, yo sé que no; tal vez es con J de Jazmín, pero le queda más la K de Karol, aunque ahora que recuerdo también puede ser Lupita. ¿Lupita? Creo que no, mejor con M de María; pero si yo soy María, entonces es Natalia, creo que sí, o tal vez es con O de Olivia, pero suena mejor Patricia. O tal vez es con Q, pero si no conozco a nadie con Q. Veamos, a lo mejor es con R de Rocío, o con S de Sofía, pero también parece ser que empieza con T de Teresa; sí, lo tengo, ella es Teresa, tan linda como siempre. Pero no, Teresa era más alta, entonces ¿quién es? ¿Ella es Verónica? Puede ser Verónica, pero también puede ser Wendy; no, a Wendy la vi hace un rato. ¿Será Zoé? ¿Quién era Zoé?

—Hola, abue. ¿Cómo estás?

—Hola, mi niña.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—¿Tú quién eras, mijita?

—Soy Isabel, abuelita.

Ah, es Isabel, claro, cómo olvidarla, se ve tan bonita.

Lo que hemos leído

Alejandro Chirino Castillo

Traductor

Para J

Hace años asistí a un evento de lectura en voz alta de cuentos de escritores canadienses leídos por ellos mismos, convocado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. No es algo que suelo hacer; me parece que es la única vez que he ido a tal evento. Prefiero leer a otros a que me lean a mí. Disfruto leer en voz alta a los demás, y mi fe está puesta en el dicho “lo bueno, si ajeno, dos veces bueno”; pero mi disfrute es menor cuando escucho a alguien leer en voz alta (me distraigo pensando cómo enfatizaría aquel verbo yo, cómo alargaría la pausa o la recortaría; cosas de pedantes), y no hay nada más ofensivo para un escritor que el que lo lean a uno como si un favor nos estuviesen haciendo. Cuando envío un texto a una revista, lo envío no para que lo lean: lo envío para que lo publiquen. La arrogancia debe establecer bien sus prioridades, de lo contrario sufre humillaciones continuas.

A este evento de cuentistas canadienses, pues, asistí con un amigo cercano: J. Él también es escritor, quizá el más grande poeta de nuestra generación, aunque su breve obra permanezca aún inédita y la mayoría esté por escribirse. Su obra maestra es la que nunca escribirá. Es posible que en esta condición de inexistencia resida la grandeza de su poesía; un poeta desconocido aún puede saberse bueno o malo ya que cuenta con un lector —ella o él mismo—, de modo que no puede escapar del juicio estético: demuestra que uno puede muy bien ser juez, y parte sin que por eso entre inerme o salga ileso. Un poeta que no escribe nunca sube al estrado, pero J sí ha escrito poesía, en verso y prosa; me consta, porque he leído los dos o tres textos que él me ha procurado, varias veces y con el hondo fervor de quien presencia algo inmenso, un milagro o un cataclismo, pero que no puede compartirlo con nadie más excepto como testimonio, como impresión de segunda mano. J no precisa de escapar al juicio estético; está más allá de esa vanidad. Lo

que ha escrito es una poesía inefable; de lo que no ha escrito pueden decirse aún algunas cosas.

Y de lo que J ha leído puede decirse todavía más, y acaso sea un tema de mayor interés. Yo mismo sé una o dos cosas a este respecto, porque hemos compartido lecturas lo mismo que caguamas. Y, siendo él el gran poeta de nuestros tiempos, es fuerza que también sea el gran lector de nuestra época. Es minucioso sin ser pedante (yo soy pedante sin ser minucioso), tiene una curaduría esmerada (yo leo hasta el contenido nutricional del agua embotellada) y posee un don para vincular magistralmente libros y temas que, a primera vista, no tendrían relación alguna (los libros, como los hombres, son para mí islas). Pero más impresionante es lo que recuerda de ellos: detalles quirúrgicos que uno solo podría notar si tuviera el libro enfrente, muy de cerca, casi con intimidad. Si mal no recuerdo, alguna vez me dijo que el gran lector es quien tiene una memoria impresionante, pero el gran escritor es un desmemoriado. Me dijo que la mente del gran escritor se asemeja por necesidad al movimiento de la mano durante el bordado, que repite un mismo gesto, preciso y perpetuo, pero solo uno en un momento, y en este gesto no está inscrito el gesto anterior ni el gesto siguiente; sin embargo, la mente del gran lector es como un gran centón, cuya urdimbre, visible toda de una sola mirada, tejida sin holgura ni estrechez, tensa cada hilo de lectura para que irise y deje respirar la piel de las asociaciones. Y no creo que, al decir eso, se haya rebajado al propio encumbramiento. Pero suficiente de este retrato kitsch de J. Si lo menciono aquí es porque tiene importancia en el desenlace de la narración del evento de lectura en voz alta (¿cómo es que no hay una palabra especial para nombrar este tipo de eventos que tanto proliferan? Tal vez para mantenerles la pátina pretenciosa de evento cultural), a la que vuelvo en este punto.

El evento era abierto (afortunadamente el micrófono no), y asistimos los dos por una curiosidad obligada y una obligación curiosa. Como ninguno de los cuatro nombres en el programa nos era familiar, concordamos en que sería una buena oportunidad de expandir nuestras referencias sobre literatura canadiense —un territorio tan grande no podía albergar únicamente a Atwood y a Munro, aunque es posible que fuese demasiado pequeño para las dos; sobre la probabilidad de un duelo a muerte entre ambas, en el que Anne Carson obviamente saldría victoriosa, habrá otra ocasión de escribir—. La moderadora de

la mesa presentó a cada escritor, y luego cada uno leyó uno de sus cuentos en voz alta, muy generosamente de su parte. El ritmo y la entonación de cada uno era distinto, pero podía entenderseles claramente por igual. Uno de estos escritores al parecer había vivido en México “por un tiempo razonable”, y en su cuento relataba la historia de una moneda de diez pesos desde la perspectiva de la propia moneda, la cual, pasando de manos, cambiando de forma, mutando su valor al mismo tiempo que lo mantenía, regresaba a la palma del niño que, primero, la dio en intercambio, pero ahora como un objeto distinto ypreciado que llegaba en el momento más oportuno para él, contado como una variación feliz de aquella parábola sobre el clavo faltante que provocó la caída de un imperio. Los otros dos cuentos no generaron mayor impresión en mí; no logro recordar ni la trama ni los temas, ni siquiera la cadencia de la narración. Como tampoco recuerdo los nombres de los cuentos ni de los autores, la oportunidad de releerlos y modificar mi juicio se ha perdido para toda la eternidad. Pero el cuarto cuento sí lo recuerdo muy vívidamente, con todos sus detalles, y la impresión no ha perdido su lustre en mi mente desde entonces.

The Framed Picture era el título del cuento; lo escribió un tal Sam Coppler, del cual nunca he vuelto a saber nada, aun tras varias búsquedas en internet y acervos bibliográficos. La trama, a grandes rasgos, repetía los lugares comunes de la mayoría de la narrativa canadiense: en un hogar de clase media baja, la tensión entre una pareja de casados cuarentones que había perdido la chispa de su relación por culpa de la domesticidad era el drama central del cuento. Había también insinuaciones de adulterio, que nunca pueden faltar en este tipo de relatos. La perspectiva principal era la del esposo, aunque en momentos cruciales la narración cambiaba a la de la esposa, de modo que se formaba una especie de diálogo extraño en el que las partes respondían a preguntas que no escuchaban directamente. Coppler representaba esta prestidigitación narrativa con ligeros cambios de entonación, moviéndose en su silla de un lado a otro dependiendo de quién estuviese hablando; cuando el narrador hablaba su cuerpo se dirigía hacia la audiencia. Aparte de este espectáculo, el cuento no provocó mi curiosidad ni tampoco mi desinterés. Estaba bien escrito, y era lo suficientemente interesante como para escucharlo con atención, mas no con devoción; sin embargo, en los párrafos finales, algo cambió: algo comenzó a moverse, y mis nervios empezaron a vibrar de las puntas hasta el tronco.

Se insinuaba (y este era otro de los grandes trucos narrativos: la ausencia de confirmación brusca de los hechos) que el esposo era en realidad viudo, que los cuarenta eran en realidad ochenta y que esas discusiones maritales en realidad nunca sucedieron, ni siquiera en su memoria, sino que las representaba en su mente como una forma de buscar una respuesta correcta a las peleas con su mujer, meses antes de su fallecimiento por enfermedad hace cuarenta años, a fuerza de pura culpa y un remordimiento que no podría borrarse. En las últimas líneas, el viudo da una vuelta pausada alrededor de la sala de su hogar, enderezando los cuadros inclinados, pasando las puntas de sus dedos por los muebles y limpiando la capa más superficial de polvo en ellos, hasta llegar a un librero donde estaba la fotografía enmarcada del título. La tomaba entre sus dedos manchados de polvo, la acercaba a su rostro y la contemplaba por un rato, y, al hacerlo, los diálogos de su mente, de los cuales trozos aparecían dentro de la narración durante el recorrido por la sala, callaban. Finalmente, miraba por la ventana de la sala hacia la calle, veía nubes moverse con lentitud, descubriendo y tapando y descubriendo y tapando el sol del invierno. Hasta el final, no se mencionó ni una vez el contenido de la fotografía.

Cuando terminó la lectura no alcancé a decir nada. Aplaudí por inercia cuando otros comenzaron. J, siempre jocoso, fingió llorar de emoción; luego, él mismo me confesó que el cuento, en especial el final, lo había conmovido hasta lo más profundo. De cierto modo, era un cuento convencional, incluso cursi, que se salvaba por lo interesante de los juegos narrativos y la vuelta de tuerca que se insinuaba elegantemente, y, sin embargo, una sensación de plenitud recorría todo mi cuerpo. Ahora únicamente logro alcanzar ese estado alterado de conciencia con ayudas externas. Esto era de a de veras.

El evento concluyó sin más contratiempo después de una ronda de preguntas a los autores; y en los años venideros, en nuestras pláticas (que ahora también consisten mayoritariamente de memorias y de silencios) de vez en cuando salía a colación el recuerdo de esa lectura en voz alta. Alguna vez intentamos rastrear a los autores o por lo menos los títulos de los cuentos; incluso llegué a contactar a la profesora organizadora del evento, quien me proporcionó el programa de este, pero nunca logré encontrar ni a Sam Coppler ni *The Framed Picture* por ningún lugar. J hizo lo suyo, también sin éxito. Hasta que, un día, surgió de nuevo el recuerdo del evento y resolvimos el misterio.

Del mismo modo en que, en ciertos sueños que se desprenden de un anhelo insatisfecho, nos encontramos con una persona cercana a nosotros cuyo aspecto en el sueño es completamente distinto al que conocemos y, sin embargo, le reconocemos instantánea e inequívocamente por su porte o algún gesto que delata su identidad; de ese mismo modo, reconocemos una idea, la sintaxis de una oración, el emparejamiento de palabras en una metáfora, la cadencia y el estribillo de una frase en un fragmento que tiene una forma distinta a la que creemos recordar, pero que no puede ser sino el fragmento de nuestra memoria.

Debe existir un nombre para este tipo de autoplagio no intencional: repetimos una idea o construcción que creemos ajena, pero que no tomamos de otra persona, sino de nuestra propia memoria. Hay cosas que hemos leído y no recordamos; hay cosas que no hemos leído nunca, pero que recordamos con honda pasión. Este sería un fenómeno adyacente: recordar una frase que nos conmovió al punto de aprenderla de memoria, pero recordarla mal y tomarla por la construcción original.

Algo similar, pero marcadamente distinto, es la atribución errónea, la cual, por otro lado, no es tanto un delito como un elogio. Elogia a quien la formula y elogio a quien no la dijo. “Somos lo que hacemos constantemente. La excelencia, por tanto, no es un acto, sino un hábito”, escribió Will Durant explicando a Aristóteles. Quien haya leído al filósofo sabrá que la gnómica no es atributo de su estilo; y es evidente al instante que una sentencia reformulada se atribuye falsamente a un original griego cuando esta es sospechosamente placentera al oído. Ese encanto solo ocurre en la profesión de Delfos o por el feliz accidente del tiempo (los presocráticos y los poetas líricos me dan la razón). Aristóteles no habría escrito de ese modo, mas así querríamos que lo hubiera hecho. Y como la frase resume de manera memorable el fundamento de su ética, y es tanto vera como ben trovata, cuando la construcción se atribuye a Aristóteles y no a Durant, la impresión se fortalece en quien la escucha, es cuando la idea adquiere un lustre que, de otro modo, jamás obtendría por mérito propio; con lo cual uno encuentra razonable el que los griegos y los romanos estén en boca de quienes atiborran los gimnasios con sus trípodas para grabarse a sí mismos, pero que nunca estén en sus propias bocas. Así, es probable que lo más memorable sea aquello que otros ponen en nuestra boca, aquello que nunca dijimos, que nunca fue dicho, aquello que nunca ocurrió.

Entonces, después de lamentarnos, nuevamente, de que nunca encontraríamos el cuento para poder releerlo, le comenté a J que la parte más conmovedora seguía siendo el final, cuando el esposo toma la fotografía enmarcada y la contempla por unos instantes. J estaba desconcertado. Él no recordaba un cuento así. Según él, el cuento trataba sobre una mujer que describía un vecindario lleno de vida, policromado por el ruido de niños jugando y personas conversando, donde al final se revelaba que, en realidad, ella era una anciana con Alzheimer y que todo estaba ya dilapidado. El cuento terminaba cuando unos hombres de blanco se la llevaban de su casa, con toda probabilidad hacia un asilo.

Me di cuenta de que nunca le había dicho a J ni el nombre del cuento ni el del autor, al menos los que permanecían en mi memoria, y que él tampoco me había dicho nada a mí. Eran dos cuentos distintos, siempre lo habían sido. Todo este tiempo nos habíamos conmovido por cuentos distintos pensando que eran el mismo. Desde el inicio, desde que empezamos a añorar esa lectura en voz alta y a anhelar saber el título del cuento para releerlo, desde ese punto, nunca confirmamos si nos referíamos al mismo cuento. Eso ya lo asumíamos. ¿Qué otro cuento podía ser sino ese que nos conmovió a los dos, a cada uno? Porque, si nos había conmovido de igual forma, tenía que ser el mismo cuento y no otro. Sin embargo, J no recordaba el cuento que me había conmovido a mí, ni yo el suyo. Aquí es donde el retrato de J adquiere importancia.

Un escritor, un lector de su estatura (J es, además, veinte centímetros más alto que yo y se ufana de tener “plas” al final de cada “mano”), inmenso por clandestino, desconocido por enorme, no podría lograr su eminencia sin una memoria potente y un desenfado frente a su arte. Un lector es alguien que recuerda. Un buen lector es alguien que recuerda bien. Y esa paciencia y esa memoria le han otorgado a J el amenazante poder del cocodrilo y la majestad del elefante (él mismo me dijo alguna vez, después de que yo le hubiese hecho alguna maldad, que los elefantes nunca olvidan ni tampoco perdonan). Su profunda sensibilidad no es la menor entre sus virtudes, y su memoria es el principal ornamento de esta. Si él recuerda un cuento que le conmovió tanto, es porque ese es el cuento que él escucho en ese evento y no otro. De donde saqué yo a Coppler y su fotografía enmarcada, eso no es ya misterio: es un tropezarse con el propio pie, es un morderse la lengua

al recitar, es un chiste repasado con antelación, pero mal contado en el momento crucial. La memoria es una constante traición y el olvido es la única forma de perdón que nos fue concedida. Lo que hemos leído permanece, al menos, como tema de conversación.

Al final, no alcanzamos más que a carcajearnos de todo el asunto. Habiendo resuelto el misterio, lo que quedaba no era nostalgia, sino una anécdota para borracheras. Pero después de que descubrimos nuestra incongruencia, quedó en mi mente una sensación incómoda, como de una palabra que nomás no llega a la punta de la lengua o un estornudo que no se decide a salir. “Creo que esta conversación ya la habíamos tenido antes”, pensé. Es posible que lo que cuento aquí también lo esté recordando mal.



La casa de mi infancia

Maya B. Haro

Lic. en Diseño de Moda en Indumentaria y Textiles UAA, 1° semestre

La casa de mi infancia, con sus paredes de adobe, con su cara manchada.

La casa de mi infancia, con sus ojos cansados, su patio adornado y su corazón cálido.

Las tardes con olor al amor de la azucena cocinando, las mañanas con música romántica, el sonido de la lavadora y el desayuno en la cama; las noches, oh las noches, grillos entre las paredes, aire fresco en la ventana y dos tazas de café junto a un vaso de leche y galletas, las noches, la televisión con películas, el foco encendido mientras acababa mi tarea, y mi roble fumando un cigarro en la sala.

La casa de mi infancia, hecha de recuerdos, risas y desvelos.

La casa de mi infancia, mi casa, mi amor, mis letras, mi música; todo está escondido en sus rincones.



REFLEJOS

Mavely Melchor

Lic. en Médico Estomatólogo

Te miras al espejo e intentas comprender qué es lo que cambió, pero más allá de las oscuras ojeras, no encuentras nada.

Eres tú. Siempre has sido tú.

Pero algo no está bien; hay algo en ese reflejo que no se siente correcto.

Te apartas el cabello de la cara y jurarías que es ahí donde está el error, si bien sigue igual de sedoso que siempre, con los mismos rizos indomables y el color...

...el color...

Ha cambiado tantas veces que no puedes saber con certeza si solo es por el nuevo tinte o si ese ha sido siempre tu tono. E, incluso así, sabes que esos cambios son normales y que no es lo que estabas buscando.

El desayuno está frío y tus manos tiemblan mientras tratas de encender el fuego para calentarlo, pero no hay gas. Olvidaste llamar a la compañía. Decides no preocuparte, aunque has olvidado muchas cosas últimamente, y quieres convencerte de que solo es un poco de estrés porque tus hijos están preocupados por la escuela.

¿Qué te está pasando?

Sales de casa y te aseguras de que las llaves estén en tu bolsillo; las tocas en todo momento para confirmar que siguen ahí. Haces tus compras y, al volver, descubres que ya tenías en casa la mitad de las cosas que llevaste.

Bien. No importa. Te dices que mañana puedes usarlas y que te ahorrarás la salida, aunque al final decides que no tienes hambre y que todo eso que llevaste se quedará para otro día.

Esa noche, cuando vas a dormir, evitas mirar el espejo que no ha dejado de incomodarte, ahí como una aguja clavada en el fondo de tu mente.

Lo primero que haces al despertar es verte al espejo. Algo no está bien. Algo cambió y no sabes qué es.

Lo ignoras y vas a realizar tus trabajos del día. Sales a hacer tus compras y, al volver, descubres que ya tenías en casa la mitad de las cosas que llevaste.

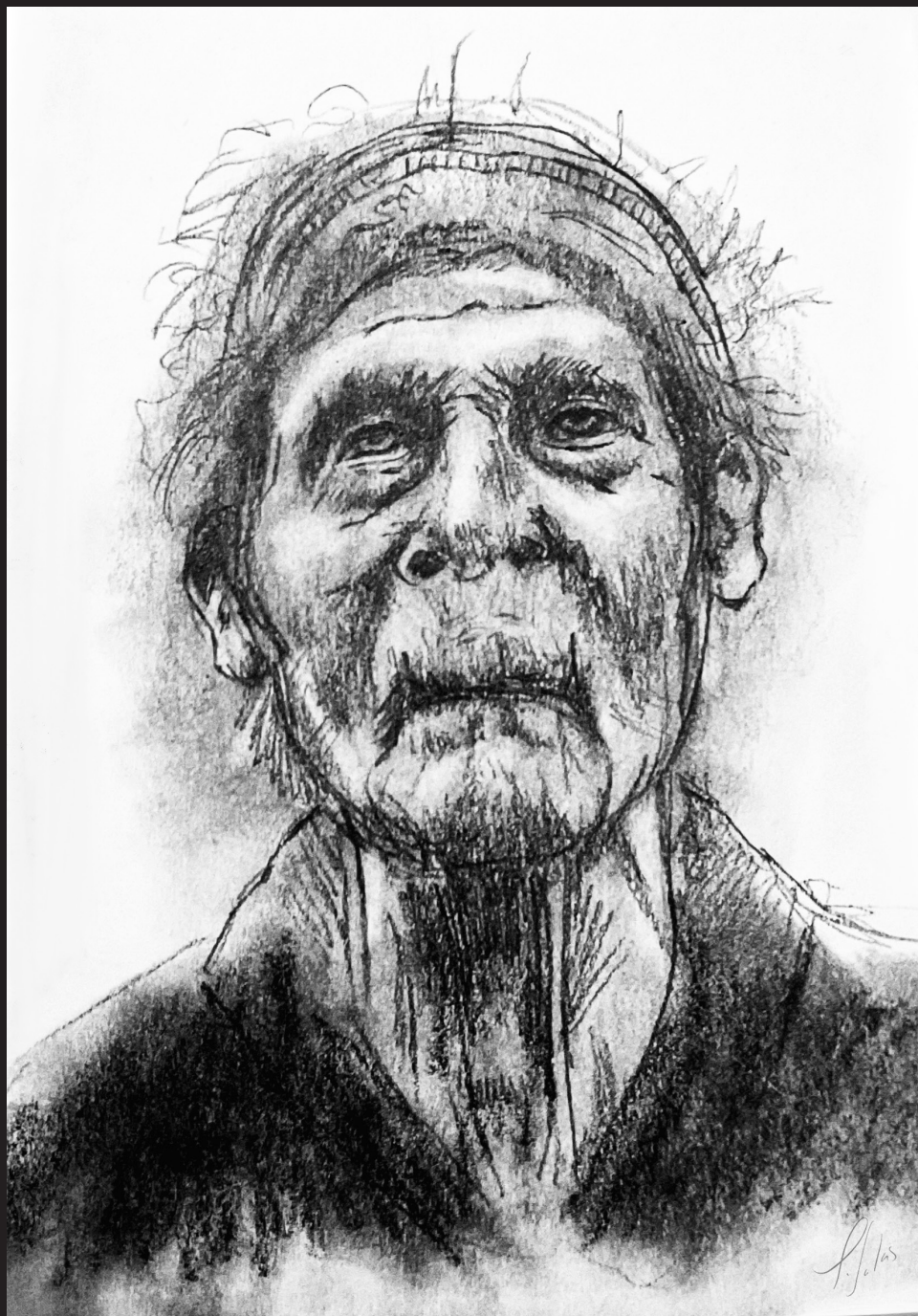
Bien. No importa. Mañana puedes usarlas y te ahorrarás la salida. Dejas todo junto a las cosas que abandonaste sobre la encimera el día anterior... ¿O fue acaso hace una semana?

Comienzas a preparar tu comida, pero no hay gas. Justo cuando te dices que no hay problema, que en realidad no tienes hambre, tus hijos entran a la cocina. Recuerdas entonces que son ellos quienes están preocupados por la escuela de sus hijos y no tú. Claro, debe ser que quieres tanto a tus nietos que hiciste tuyos los temores de sus padres.

Esa noche, al observar con atención el reflejo que te devuelve la mirada, por fin notas qué está mal.

La cara no es la misma que te saludaba esa mañana.

Y, aun así, eres tú. Siempre has sido tú.



Memoria, Pedro de David Salas Muñoz

a ti, que nunca te dije nada

Timique

Ama de casa

Luces azules, luces rojas
rojas sobre el asfalto

La que más sufrió tu nacimiento
envuelta en llanto

La dulce melodía del viento
sobre las hojas es tu manto

¿Qué debo hacer ahora?
¿Por qué la culpa en mi mente?

Participas en la orquesta del viento
desde lo alto, contento
de que tus pies no toquen el suelo
Y tu mente sin consuelo
¿Si fue una equivocación, puedo
[yo saber?

Una hermana que ya no es
Un padre prepotente buscando
[culpables
Una madre a la mitad

Ahora te conviertes en un recuerdo
[para todos
Un recuerdo doloroso
Vives en la memoria de aquellos
[que te conocieron
De aquellos que te quisieron

Cuando LLUEVE, cuando TRUENA, cuando te vas

Az

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3º semestre

En cada gota, mi lamento.

Cuando llueve, lloro sin consuelo,
nadie calma este recuerdo,
que se clava siempre lento,
y detiene cada movimiento.

En cada suspiro, mi tormento.

Cuando truena, caigo al suelo,
dejando el corazón desgarrado,
que cuelga entre tanto viento,
esperando que llegues a tiempo.

En cada palabra, la culpa.

Cuando te vas, quedo en espera,
deseando que esta vez tu vida vuelva,
pero la imagen nunca cambia,
y bella sintonía siempre acaba.

En cada palabra, mi culpa.

Cuando llueve, es ella, siempre ella,
la memoria, una traicionera,
cuando truena, quema dolorosa,
una memoria alevosa.

Cuando te vas, me invade la culpa.
En cada lágrima, la esperanza.

Cuando llueve, busco consuelo,
en los recuerdos que aún tengo,
que el tiempo cure este duelo,
y que el amor vuelva en su vuelo.

De noche me detengo en el pasillo a ver los retratos

Diana Ruiz Girón

La puerta se ensancha
se diluye entero su límite
y lo que está aprisionado
dentro de los marcos
se refugia en las paredes,
prisioneras también
de la contemplación última.
Allí están secuestrados
los desvelados rostros
contenidos en el instante
en el que mi ayer se asoma
por tan ambiciosa ventana.
Esta lucha egoísta y estéril
que descansa a ratos dentro,
a ratos en esquinas insidiosas,
es la cuña con la que el tiempo
hace mella en mí.
La puerta amplía en la oscuridad
la luz proyectada sobre los marcos
inundados de prófugos
y de impostores rostros
de absurdos olores y sonidos
contenidos en el arranque de agonía
del momento que se ahoga
en una conjugación extinta.
Los incontables rostros
se abren paso en silencio
para no alarmar a la noche
que se parece tanto al olvido.
Esta batalla la perdimos con gusto
de quien sabe aminorar los daños

y conoce el orgullo en las derrotas
porque es más fácil cargar de regreso
a un cuerpo que a un herido.
Esta es la cuña que usa el tiempo
para hacer mella en nosotros.

PIROCROMIO

43

#32 Memoria

RECUERDOS ARTIFICIALES

Aurora Regina Muñoz Meza

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre

Peiné mi cabello,
reprobé un examen
y filosofé un rato.

Me obsesioné con una canción,
intenté escribir poesía
y llegué tarde al trabajo.

Mi memoria ya no necesita saberlo,
es parte de mí
pero no soy yo.

No soy los recuerdos difusos de mi mente,
ni lo que tal vez inventé
pero no recuerdo.

Yo soy la que desayuna viendo una serie,
se trenza el cabello
y piensa en vacaciones.

No soy la memoria de mi cerebro
ni el momento en que fui caos
soy las heridas sanadas con un poquito de cariño
y palabras amables de mis amigas.

Soy las heridas hechas por mí
al candor de un dolor viejo
soy el recuerdo de quien me lastimó
y vivo en la memoria de quien me amó el año pasado.

Vivo en la respiración paso a paso
para calmar mi mente
vivo en el piso frío
que me salvó de la muerte.

Lloro por el dolor que ya no siento
y por las canciones que nunca pude bailar.

Lloro porque necesito llorar
para apaciguar las heridas
que amenazan con abrirse
los martes en la tarde.

Respiro el aroma de lo que ya no existe
y percibo notas de lo que nunca pasó.

Existo en mi piel, así como pasé por la tuya
existo en el beso
en el tatuaje de mi abdomen
que parece repetirse en cada ocasión.

Fui en tu memoria
lo que nunca apareció en la mía.

Fui y soy
lo que quisiste, lo que pensaste
y seré por siempre
lo que decidas recordar de mí.

Fui un recuerdo que inventaste
en tu momento de mayor lucidez.



NUESTRO andar

Fernanda Padilla Jiménez

Lic. en Letras Hispánicas

Nuestro andar en las frías calles resuena en el silencio,
en el eterno rebotar del eco en las esquinas del tiempo.
El bum del zapato se confunde con el latido
Que bombea la sangre caliente, viva
Y vuelve la caminata más amena
Frente a la oscuridad que la rodea.

Nuestra voz sale, curiosa de un mundo donde es sabido
Que nunca encontrará un igual
Donde todos los suspiros
Y cada exhalación
es minúscula
Única en sí misma
Jamás se ha de poder replicar

Caminamos nuestra senda
Que es mía, tuya,
De los que vinieron y los que vendrán.
El peso de mi andar hundirá un poco más la tierra
Que después me ha de acobijar.

Nuestro rostro ha de cambiar,
Con cada paso que damos
Floreceremos.
Nunca volveré a verte como te veo hoy.
Cambiaremos, todo el tiempo lo hacemos
De la misma forma que todos los rostros cambian
Se arrugan, se desvanecen, se deshacen en espuma

Una vez que me haya ido jamás he de volver
Cuando regrese
ya habré cambiado.
No seré quien soy, sino quien habré de ser

Camino en este mundo
Dejando huella sobre huella
Sobre palabras y miradas
Avanzo sabiendo que quedaré
En la memoria del silencio y de los huecos



Luna de otoño

Bruno Anzaldo Valadez

Bachillerato en Artes y Humanidades "José Guadalupe Posada", 3° semestre

Luna de otoño,
Que brillas fulgurante y sin descanso
Vestida de la luz del sol
No dejes que el día comience.

Acompáñame
Que las noches son más largas
Llenas de frío y de penumbra
Las noches son amargas

Luna de otoño,
Detente eternamente en el cielo
Alumbra ese jardín de flores
Esos recuerdos de mi mundo

Acompáñame
Porque extraño
Extraño ese beso que nunca le di
A esa hermosa flor que nunca besé

Extraño esas cartas
Esas que nunca entregué
Pero que tampoco
Nunca escribí

Luna de otoño,
No te vayas, sigue aquí,
Pues mi alma se ha perdido
En los sueños que no viví.

Acompáñame
Que el silencio me recuerda
Esos pasos que no dimos
Y el amor que no se siembra.

Luna de otoño,
Haz que el tiempo se detenga,
Que en tu luz pueda encontrar
Lo que nunca pude entregar.

Acompáñame
Porque extraño,
Extraño lo que nunca fui,
Las promesas que no cumplí
Y la vida que no compartí.

HERIDAS, FLORES Y CICATRICES

Zagreus

Ing. en Computación Inteligente UAA, 7° semestre

No conozco persona o ser inmune
Inmune a las heridas del cuerpo, alma o corazón
Tal cual las ventanas del dolor, esto se asume,
Que es arrítmico, atemporal, en cualquier lugar o condición

Fácil es decirte lo que es una flor
Difícil es que veas cómo nacen entre las heridas
Traspasan la piel, encarnándose en el recuerdo multicolor
Y de la raíz, una cicatriz ¿Nos marchitarán las despedidas?

Malditas cicatrices dolorosas y complicadas
Sean mías o tuyas, visibles o no, tangibles o no
Dilema e inseguridad descritos y aun así esencia en raíces doradas
Solo sé que están ahí y se oculta lo oculto ¿Estaré bien o no?

Caricias son las que no están en el título y falta hacen
Tampoco se definen con forma, tiempo o color en su actuar
Caricias son las que protegen sin juzgar pues de la ternura nacen
Sin algo que arreglar y tan solo decirte que todo va a mejorar.





Memoria en FUGA

Guadalupe del Rocío Villalobos Macías

Docente

Reconocemos un momento especial por la sensación de euforia que nos provoca: un viaje inesperado, una buena comida, una risa compartida o una mirada de complicidad. En los cajones de mi memoria guardo un álbum de miradas; aunque muchas se han difuminado con el tiempo, algunas se han mantenido intactas por años. Si me concentro lo suficiente, aún puedo visualizarlas.

Sé que la vida es más que la intensidad de una mirada o el peso de un silencio. En las repisas de mi mente, donde escondo mis secretos y obsesiones, también habitan momentos cotidianos que me han hecho sentir acompañada, menos perdida. Si están ahí, no es por ser extraordinarios, sino porque son parte de la experiencia humana.

Cada instante, aunque simple, se convierte en un refugio que no quiero abandonar. Me aferro a ellos, aunque sé que eventualmente se convertirán en polvo. La nostalgia se manifiesta de manera constante, como síntoma de una memoria que encuentra en el pasado a un aliado. Me aferro, a pesar de que el tiempo va borrando cada paso que doy.

El otro día leí que los seres humanos comenzamos a añorar antes de que las situaciones lleguen a su fin. Nos dejamos envolver por el sentimiento de pérdida cuando la noche con nuestras amistades aún no termina, o cuando, aunque queden semanas de vacaciones, planeamos los primeros días de trabajo con pesadez y cierta resignación. Esta nostalgia futura se presenta como una fuerza intuitiva que nos anticipa lo inevitable: la despedida es olvido, y la pérdida es un pasado que no volverá, algo que quizá debimos gozar más mientras lo tuvimos.

Llevo meses preguntándome cómo recordaré ciertas etapas de mi vida y cómo transitaré por la mente de los demás. No le pido a mis recuerdos que me atesoren como yo a ellos; tampoco le pido a mis amigos que me guarden, porque sé que nada perdura, ni siquiera la mejor de las caricias. Pero entonces, ¿por qué será que tenemos tanto miedo a ser olvidados? ¿Por qué nos aferramos a ser presencia fija en la memoria de los otros? ¿Por qué deseamos encapsular la imagen de alguien que, eventualmente, será un fantasma?

Quizás porque me rehúso a que la convulsa realidad reduzca a polvo lo imperceptible que me regala la memoria: la posibilidad de guardar, en uno de los miles de cajones de mi interior, el vestigio de algo irrepetible.

Es tan sencillo dejarse caer.



Sucumbir a esos momentos ya inexistentes



lugares al que la memoria
te induce para que con
su engaño dudes...



...en abrir los ojos al ahora.

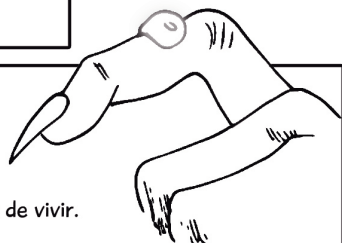


Todos esos momentos se perdieron en el tiempo,



como lágrimas en
la lluvia.

“Memorias” en Lágrimas



Es hora de vivir.

Memorias en lágrimas, Omar "Mr. Pulp" Sandoval Lozano

ÍNDICE DE IMÁGENES



Búscame en las flores

Raúl Eduardo Frausto Cornejo

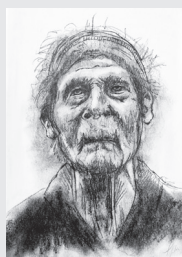
4



Verano

Diana Paola Espinoza Soto

21



Memoria

Pedro de David Salas Muñoz

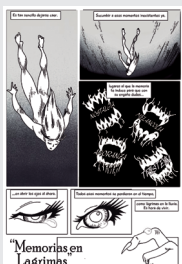
39



Recuerdos suspendidos

Kevin Flores (Bloom art)

51



Memorias en lágrimas

Omar "Mr. Pulp" Sandoval Lozano

54



¡Síguenos en nuestras redes sociales para
conocer la próxima convocatoria!



INSTAGRAM
[@revistapirocromo](#)



TIKTOK
[@revistapirocromo](#)



FACEBOOK
[@pirocromo](#)